



Ciudades revistas, literatura e ideas: saltar a la orilla opuesta, desde la Villa Imperial de Potosí hasta la 1-11-14 de Buenos Aires

Susana Santos
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
su_santos@yahoo.com

Resumen

En el siglo XVII, la villa imperial de Potosí llegó a su clímax de esplendor vibrante y fugaz. Era el del ciclo de una plata que aún no era boliviana: posibilidad teórica y práctica, ensueño y empresa, derecho de los peninsulares y por caso de contados criollos: "república de los españoles", aquí, antes que "de los indios". Potosí nunca recuperará un lugar central - económico y cultural- en tiempos de la nueva República, nacida y bautizada por los triunfos bolivarianos. Su decadencia significó un desplazamiento del poder hacia el norte paceño: la goma y el estaño conocerán sus ciclos y guerras, y Bolivia conocerá todavía otros. Los cambios políticos y sociales motivaron el impulso, que a veces se reveló imposible, de traspasar fronteras clasistas, nacionales, étnicas, lingüísticas. La *migración* será cifra de prueba de la vida: para quienes ya son definidos como bolivianos, mudar las sucesivas condiciones y status de una ciudadanía que pocas veces fue tal, o entera. En otras oportunidades, y no pocas, ordalía será la experiencia del migrante como *inmigrante*, tantas veces definido como "ilegal" o al menos "extraño". Y esta experiencia, de manera mayoritaria es la que se experimenta, en la ciudad construida de espaldas al río inmóvil, emplazada en orilla opuesta del país privado del mar. Dos testimonios recientes en la literatura publicada en Argentina dan cuenta de ello: *Bolivia Construcciones* (2006), novela de Bruno Morales, cuyo innominado narrador potosino viaja de la ciudad de la crónica de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela y Julio Lucas Jaimes hasta la villa del Bajo Flores porteño; y *La ciudad vista* (2009), ensayo de Beatriz Sarlo versado en mutaciones históricas y versiones literarias de Buenos Aires.

Palabras clave: Migraciones - experiencia urbana - Beatriz Sarlo - Bruno Morales

I. Adagio potosino

Junto a la Casa Real de la Moneda en la Villa Imperial de Potosí había un letrado con la siguiente leyenda: "Es peligroso el saltar a la orilla opuesta; pero nada se pierde en probarlo a no ser la vida". Este enigmático a la vez que expreso acertijo sobre reales y posibles riesgos de vida, podía leerse en el siglo XVII, cuando Potosí alcanzó un clímax de esplendor vibrante y fugaz. Era el ciclo de una plata que todavía no era



boliviana: posibilidad teórica y práctica, ensueño y empresa, derecho de los peninsulares y por caso de contados criollos: de la "república de los españoles", no de la "de los indios". Potosí nunca recuperará un lugar central -económico y cultural- en tiempos de la otra, nueva República, nacida y bautizada por las guerras y victorias bolivarianas. Su decadencia significó un ascenso del poder hacia el norte paceño: el estaño y la goma.¹

El peligro cifrado "Es peligroso el saltar a la orilla opuesta; pero nada se pierde en probarlo a no ser la vida" que citamos al comienzo de estas notas, supone el audaz y a veces imposible impulso por traspasar fronteras clasistas, nacionales, étnicas, lingüísticas. La *migración* será precisamente cifra de la prueba de la vida: para quienes ya son definidos como *bolivianos*, mudar las sucesivas condiciones y status de una ciudadanía que nunca fue tal, ni nunca entera.²

Pero otras veces, y no pocas, ordalía será también la experiencia del migrante como *inmigrante*, las más de las veces "ilegal", o al menos, "extraño", según que las categorías sean político-jurídicas o sociales. Y esta experiencia será, precisamente en la orilla opuesta del país privado del mar, transitada en la misteriosa Buenos Aires construida de espaldas al río inmóvil.

¹ Ese clímax, para nada exento de la dinámica violencia de esa sociedad potosina, fue evocado en numerosas crónicas cuyo catálogo, para evitar una enumeración fatigosa, no puede excluir a las del argentino Vicente G. Quesada, del peruano Ricardo Palma, de los bolivianos Julio Lucas Jaimes, Modesto Omiste y José Manuel Aponte, ni tampoco a las del chileno Benjamín Vicuña Mackenna. Primerísimo entre todos, y más próximo de ese clímax, fue el historiador de Potosí Nicolás de Martínez Arzanz y Vela o Bartolomé Martínez y Vela, también Bartolomé Arzanz Sánchez y Vela, varios nombres para una sola persona que agregan intriga novelesca sobre la identidad de este grandioso cronista de la Villa, cuya *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, iniciada hacia 1700, no estaba concluida a la muerte su autor, más de tres décadas después. En la trama de esta historia impar, el dolor y la muerte de los indios es vivida en simultáneo con la caballeresca pendencia y avaricia de peninsulares y criollos. Más de 4.000 indios registra este autor, con sus vidas y sus muertes, fueron utilizados para la construcción de las lagunas que servían a las 18 represas mandadas a construir por el Virrey Toledo, a fin de proveer fuerza hidráulica necesaria para la extracción del metal que dotaba de fama a la Villa de Potosí.

² La incipiente república boliviana ni suprimió el tributo ni modificó el sistema de sujeción criolla del indio. Durante el siglo XIX, que gustó llamarse liberal, los pueblos originarios padecieron la usurpación de tierras comunales en el gobierno de Melgarejo (1864-1871), que motivaron los consecuentes alzamientos, debidamente aplastados. La gran beligerancia de Pablo Zárate Willka en 1898 significó uno de los momentos más álgidos de enfrentamiento en el altiplano entre la élite del poder y la masiva población de quechuas y aymaras. De la Guerra del Chaco (1932-35) a la Revolución de 1952, se gestará un proceso que los equipara a obreros- campesinos en la defensa de la genuina identidad de indios:



II. Buenos Aires: testimonios de la migración

Reclamo.

Masiva protesta de trabajadores bolivianos y otras 11 clausuras por trabajo esclavo. Unas 1.500 personas realizaron una sentada en la avenida Avellaneda. Reclamaron la restitución de fuentes laborales y también mejores condiciones de trabajo (Sarlo:124)

La ciudad capital de Buenos Aires, fundada en pos de la búsqueda del camino de la plata prodigiosa del Alto Perú, según lo testifica el nombre del río que parecía mar en la porfía de Juan de Solís, fue puerto de mercancías y esclavos durante 200 años, con miras a las ciudades de Potosí, Chuquisaca y La Paz que sí contaban con fastuosas catedrales, iglesias y aun palacios. La Republicana Generación porteña de 1837 y sus descendientes intelectuales dieron un marco político liberal a la inmigración que idealmente debía acercar e incluso hacer proliferar modelos culturales y mano de obra de más allá del Atlántico en todas las zonas de un país cuyo problema, dijo Sarmiento en el *Facundo*, era la extensión. A pesar de los miedos que suscitó y a pesar, acaso por encima de todo, de no provenir de los centros esperados (sus puntos de partida, contra las ensoñaciones solitarias de Alberdi en las *Bases*, fueron las periferias europeas que habían desconocido los beneficios de la Revolución Francesa), esos migrantes sin embargo vivieron una experiencia de integración. Acaso con mayor indiferenciación final el masivo contingente de españoles e italianos, que se distinguían menos que otras etnias y nacionalidades del solar de la raza trazado por Gálvez. Es el camino, tan estudiado por historiadores (aun de la literatura), que va, de manera no siempre gratificante, no siempre decepcionante, oscilando de la metáfora de la Babel porteña a la del crisol de razas". No faltó el orgullo al hablar de una ciudad europea –sin indios ni negros residuales-. Cuando Mallea publicaba sus *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926), el fondo imaginario era más europeo que colonial, y anticipaba el título de su *Nocturno Europeo* (1935). Faltaba para que el libro de cuentos esperado, y adecuado,

pachacutik de los movimientos sociales que culminará con la asunción de Evo Morales en el Palacio Quemado.



en la ciudad fuera *Cabecita negra* (1961) de Germán Rozenmacher: la migración interna promovida por el peronismo manchó un blanco que se creía indeleble.

A esta historia, bien conocida, o muy estudiada, se sumaron, entre otras cultural o o socialmente importantes pero numéricamente menores (las de países asiáticos), las migraciones de países limítrofes y andinos, que conocieron un clímax velado y asordado en la década de 1990, cuando el peso estuvo cambiariamente igualado al dólar, lo que permitió el envío de remesas desde la Argentina. Buenos Aires y su conurbano se convirtió así en primera ciudad boliviana, con una demografía que desafía a la Paz, a El Alto y a Santa Cruz.

En la literatura reciente publicada en Argentina dan cuenta de ello tanto *Bolivia Construcciones* (2006), primera novela de Bruno Morales, cuyo innominado narrador potosino viaja de la Villa de Arzans de Orsúa y Vela y de "Brocha Gorda" hasta la villa del Bajo Flores, y *La ciudad vista* (2009), último libro de ensayos a la fecha de Beatriz Sarlo, versado en mutaciones históricas y versiones literarias de Buenos Aires.³

La novela de un joven escritor y el ensayo de una crítica reconocida ofrecen, entre tantas otras cosas, representaciones de los cambios producidos por la reciente migración boliviana en las experiencias urbanas de la que fue, en tiempos de Arlt, la mayor ciudad de habla hispana del mundo.

La presencia de la migración boliviana en nuestro país- "es peligroso saltar a la orilla opuesta"- en tiempos recientes había sido tratada en la literatura antropológica, sociológica, histórica y cultural; en cambio, una de las novedades que propone *Bolivia Construcciones* - en páginas compuestas por fantasías y alusiones literarias, pero no menos impregnadas de realidad-⁴ es la inesperada inclusión de un sector de la ciudad que excede lo que hasta el momento se consideraba típico o representativo – en

³ Bruno Morales, *Bolivia Construcciones*. Buenos Aires, Sudamericana, 2006 (Todas las citas siguen a esta edición, que conoció cuatro impresiones; existe una posterior edición boliviana, de 2008, publicada por la editorial cartonera paceña Yerba Mala, y cuantiosas ediciones "no autorizadas"). Beatriz Sarlo. *La ciudad vista: Mercancías y cultura urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 (Todas las citas siguen a esta edición)

⁴ El sociólogo boliviano Fernando Mayorga elogió ya cómo en *Bolivia Construcciones*, donde el boliviano Bruno Morales es declarado pseudónimo del argentino Sergio Di Nucci, "queda retratada una suerte de psicología colla-chola que parece un espejito de nuestras manías [bolivianas]" (en el diario paceño *La Razón*, 23 de marzo de 2007).



términos o motivos literarios- de la novelística urbana: su narrador y protagonistas son migrantes de Bolivia.

Ambos libros surgen, en la percepción y sensibilidad de estos escritores, de una urgente necesidad por dar forma literaria a la experiencia urbana de una comunidad que promueve transformaciones, y se ve transformada por ellas, pero también por otras que ni promovió ni aun anticipó.⁵ Sus respuestas, a preguntas que no siempre formulan, ni tienen por qué formular, y que columbran niveles poéticos, escénicos y políticos en las innegables mutaciones, no se elaboraron en soledad: el novelista de *Bolivia Construcciones*, en varias de las entrevistas concedidas, hizo un relato a veces pormenorizado acerca de caminatas que duraron una década, y de vivencias compartidas en los lugares que la novela ficcionaliza. La ensayista de *La ciudad vista* registra sus recorridos con fotos que ella misma sacó en la ciudad de Buenos Aires, imágenes escindidas entre los shoppings, cada vez más arqueológicos, y la acrecentada presencia de los desposeídos. Hay zonas (hay imágenes, hay palabras) que versan sobre los migrantes del barrio chino (o taiwanés) del Bajo Belgrano, sobre los coreanos en Flores, sobre los peruanos. Pero principalmente la ocupan los bolivianos del Bajo Flores, del Barrio Charrúa, de la calle José León Suárez de Liniers, por citar los principales itinerarios. Y, de manera notable, en el caso de la comunidad boliviana, los lugares registrados en el ensayo, como si la ensayista fotógrafa siguiera a un lazarrillo confiable en el laberinto de la ciudad boliviana, en muchos de sus puntos coincide y se solapa con los espacios recorridos por el narrador innominado de *Bolivia Construcciones*.

III. "Es como volver a la Villa Imperial"

⁵ Los años de la dictadura militar del "Proceso de Reorganización Nacional" (que en oídos bolivianos encuentra eco invertido en el "Proceso de Cambio" de Evo Morales -y en los barrios bolivianos porteños, los malsonantes, a oídos argentinos, Comités de Apoyo al Proceso-) , la recuperación de la Democracia y sus sucesivos quiebres y aún colapsos económicos que alcanzaron su clímax en el año 2001, la anterior instalación del neoliberalismo y el posterior triunfo de sus contrarios, la precarización del mundo laboral formal, la privatización, la fantasía de huir del tercer mundo, la frivolidad política y especulación financiera, la apreciación y depreciación de la moneda, no son las causas de producción de estos libros, que se detienen en algunos de sus efectos. .



Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

- En esa tienda encontrarás lo que quieras- me hizo notar Quispe. Y en efecto, como las demás ofrecía verduras, papas, especias, pero también todo tipo de objetos en miniatura, casas, edificios, autos de colores flúo, bolsitas de alimentos disecados, sillones, títulos universitarios, valijas, novias, novios, bolívares, dólares y lingotes de oro.
-Ah, es como volver a la gran ciudad imperial. Acompáñame muchacho y no te pierdas (Morales 2006:135).

Antes de que estos libros existieran, los migrantes bolivianos estaban irreductiblemente presentes. A mediados de la década de 1980, comenzaron a verse –o a hacerse ver- con mayor asiduidad en Buenos Aires y otros centros urbanos del país para mostrar los conflictos de sus ciudades de origen. Como también el trastorno de la ciudad que los recibía, haciéndoles notar que no los había convocado, que debían agradecer su sola presencia en una tierra rica –“sentí que este país me hacía un gran favor al dejarme entrar” (Morales: 10)” – y que se encaminaba a una crisis urbana que la acercaba más al resto Latinoamérica que a una Europa ya lejana incluso como modelo.⁶

Si los personajes de la novela *Bolivia Construcciones* hablan tanto en quechua, aymará como castellano (“-¿Maymanta Kanki?/ Le contesté en castellano. No quería que pensara que acababa de llegar” Morales:192); la autora de *La ciudad vista* aclara que es mujer blanca y que no necesita aprender otras lenguas (“ comenzaron a hablar sobre mí en quechua. Quedé aislada dentro de una esfera infranqueable. A la noche (...) siguieron hablando en quechua: experiencia de no entender el discurso de que se habla de uno mismo, rara experiencia para una mujer blanca” Sarlo: 108). La pesadumbre de que estos “nuevos extraños” han vuelto su ciudad ininteligible para ella,⁷ pone a prueba la experiencia urbana entendida como distancia franqueable entre el yo

⁶ Roberto Benencia. “Migrantes bolivianos en la periferia de ciudades argentinas: Procesos y mecanismos tendientes a la conformación de territorios productivos y mercados de trabajo” en Susana Novick (comp.). *Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias*. Buenos Aires, Clacso, 2008. “El Censo Nacional de Población y Viviendas de 1991 confirmaba –con los primeros indicadores del cambio que estaba acaeciendo en la población urbana- aquellos indicios que impactaban la mirada del ciudadano. En las ciudades, y en particular en Buenos Aires, había cada vez más bolivianos. Bolivianos y bolivianas estaban llegando para ´conquistar´ la ciudad, y empezaban a pelear sus propios espacios, de vida y de trabajo, aun a riesgo de que esa mayor visibilidad que implicaba el movimiento pudiera comprometer su seguridad futura” (Benencia 2008: 14)

⁷ “Por algo los dos coreanos jugando al *go* frente al vecino que sigue la partida son tan ajenos. No entienden lo que les pregunto, sonrín porque me entienden mal, sonrío porque sé que no me entienden,



y el otro: en este caso se anula. Sarlo parece señalar, o encontrar, en el devenir urbano el signo de que la ciudad no es ya el lugar de la hospitalidad, sino que se constituye con espacios fragmentados y marginales que exacerbaban sus propios límites en la lucha de los lugares y por los lugares propios.

El Parque Avellaneda –elegido por los migrantes bolivianos para su esparcimiento los días feriados y como escenario de alguna de sus celebraciones- es definido en estos términos: “Caminar esas cuatro cuadras por Lacarra es recorrer el filo que conduce a un límite” (Sarlo:121). La aseveración instruye el subtítulo “Parque Avellaneda y más allá” y apremia: hay que completar la cita del tango “Sur”: la Villa 1-11-14 del Bajo Flores será entonces la “inundación”. Efectivamente:

“...la basura cubre las calles, flota en el aire, se amontona en los rincones. Por los pasillos de ingreso a la villa, también hay puestos de ropa barata. Los kioscos de la calle, donde corren perros sin dueños, están fortificados, tapiados, enrejados, casi no se ve lo que venden pero siempre hay jugo de ananá y mocochinche. El perímetro exterior de la villa está compuesto por casas de tres pisos sin revocar, pero con un rasgo que se repite en todas partes, puertas de calle en los pisos primero y segundo, y rejas. Estamos en el sur de la ciudad, la zona discriminada. (Sarlo 2009:123)

“(....)sin sentir [en el barrio Charrúa] la vergüenza que produce la 1-11-14, donde cualquier pasillo se va angostando hacia adentro como si lo de afuera consistiera en el revestimiento de ladrillos de un interior fangoso y oscuro, con casillas entremezcladas cuyas paredes nunca son completamente verticales.” (Sarlo 2009: 126)

Este asentamiento de emergencia, que se inició después de la Revolución Libertadora en tierras anegadas del bañado de Flores y que fue erradicado en tiempos del Proceso para los festejos del Mundial de Fútbol, indica según la descripción de Sarlo no solo fronteras y umbrales - “límites”, en el ensayo- sino un territorio urbano desterritorializado. Para quienes lo habitan, la sola opción parece ser la de rehén de un adentro (“zona discriminada”): el habitante de la ciudad que carece del afuera, o de un

No son ajenos sus hijos, cuyas imágenes de referencia vi antes en el cine coreano; estos chicos siguen modelos físicos globales y están en todas partes.

Lo políticamente correcto sería no ocuparse demasiado de estas diferencias, ni poner el foco sobre ellas. Sin embargo una imagen exótica tiene dos caras: su desplazamiento desde el lugar donde la imagen no y



afuera de la ciudad sin su adentro. Hay otro fenómeno notable: cuando esos mismos migrantes se reúnen en el Barrio Charrúa, en sus orígenes una villa, hoy un barrio obrero, con motivo de los magníficos y prolongados festejos en honor a la Virgen de Copacabana, las colectividades bolivianas – entre ellas, la de los habitantes de la 1-11-14 del Bajo Flores- integran lo que la mirada del observador aísla. Precisamente en esa fiesta (que cuenta con minuciosa, aunque no densa, descripción en *La ciudad vista*), convierte a todo el Barrio en espacio de Plaza Mayor, de muy distinta, y aun contraria, estructura del damero hispánico colonial, pero con ánimo de expresión del centro vital de un vivir urbano. El esmero de los trajes, las coreografías de las fraternidades, la presencia multitudinaria de las familias paisanas, transmiten el complejo tramado cultural de articulación entre las palabras y los gestos, entre los gestos y los sentires y pasiones altamente codificados, recodificados y decodificados según diversos protocolos a la vez excluyentes y simultáneos. Y pone en escena, al compás del baile de caporales soberbios y otros danzantes, la construcción interna de las tensiones de una comunidad migrante⁸

En un extremo opuesto, el narrador innominado de *Bolivia Construcciones*, novela de la migración boliviana, pero donde no faltan peruanos, paraguayos y aun coreanos, arriba desde la Villa Imperial de Potosí a la Ciudad del Plata, a vivir en la villa 1-11-14. El novelista la presenta, sin vergüenza ni distanciamiento, o sin otros distanciamientos que los muy deliberados de una cultura literaria que se ha extrañado en algunos de los lectores de *Bolivia Construcciones*.⁹ Cuando el narrador de la novela, un muchacho potosino, ingresa a la casa que ocuparán, observa lo que le muestra su virgilio en el laberinto villero, que responde al nombre quechua de Quispe:

su inclusión en un escenario barrial que no estaba preparado para esa imagen. Dos distancias.” (Sarlo: 113).

⁸“El desfile sólo es monótono para quien no conoce las diferencias entre morenadas, tinkus, tobas y caporales; ni distingue en el vertiginoso remolino de las polleras que llevan las cholitas, la elaboración barroca del bordado; ni está al tanto de los cambios introducidos por las nuevas danzas que en Bolivia son de capas medias blancas, y en Argentina, de cholos... Observado desde afuera, el desfile de las fraternidades es interminable, vistoso, barroco, repetido, melancólico, enérgico, ruidoso, previsible...” (Sarlo 2009:132).

⁹ La novela ganó en 2006 el Premio de Novela La Nación-Sudamericana, que le fue revocado en 2007.



“Con un gesto mostraba la casa, de arriba abajo, y curvando el brazo, una ampliación, que detrás del pasillo más angosto que hubiera visto nunca en mi vida” (Morales 2006:13)

Para más adelante añadir:

“Esa misma noche, sí aprecié la ampliación que me había señalado el Quispe. Era el baño, que estaba separado de la casa. La expedición que uno hacía era la justa penalidad por las ventajas derivadas de tenerlo lejos. Por unos caños salía no solamente un olor fétido, sino multitud de animales: arañas, unos gusanos gordos, cucarachas robustas y actuadas, de esas que embisten y atacan, y unos insectos que no he vuelto a ver, que tenían la peculiaridad de tener la panza llena de aire y de tronar al ser aplastados. Pero la ventaja de ese bestiario era que lo veía uno al ir al baño y ahí lo dejaba y no volvía a acordarse de él hasta el próximo viaje” (Morales 2006:16).

La transcripción corresponde al entero capítulo 4 de esta novela. El pasillo y su recorrido dan cuenta de la vida que llevan – y no solo ellos- los migrantes. La descripción que se dirige a la fantasía imitativa del lector, a su recuerdo o a la novedad que representen a esta calidad de ambientes, arroja la impresión intensa de desconsoladora pobreza, desgaste y ranciedad, pero al mismo tiempo de una fantasía surrealista, como de imagen de El Bosco.

Que este baño sea el espacio de la dramática pelea entre Sylvia y Mariano, ya en el capítulo 72 de los 84 que completan la novela, (“Por mí puedes morirte, ¡bestia!- le dijo a Silvia y se fue pateando las puertas del pasillo, por donde salía saliendo gente. Yo todavía no había descubierto donde habían cocinado el caldo de gallina... Las cucarachas y otros insectos ruidosos empezaban a acercarse para tomar agua...”)(Morales 2006: 171) ilumina la captación que un acontecimiento presentado como corriente en ese medio pero que adquiere en la ficción tonalidad trágica; los personajes capaces de pasiones extremas se alejan de toda tipificación donde un fundamentalismo cultural, que puede hacerse más o menos consciente, los habría encasillado.

El momento – que es uno de los clímax de *Bolivia Construcciones*- señala también la (ficticia) iniciación sexual del narrador soñada por él mismo con modelos ajenos. Culminaciones de un modo de vida de los que se han atrevido “a saltar a la otra



Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina

Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

orilla”, tienen como un escenario favorito por su densidad metafórica ese pasillo que no es sólo un lugar más de un barrio miserable, sino uno de sus no lugares, su continuación que pone a prueba la experiencia urbana: la ciudad es también ese espacio monstruoso condensado en el laberinto villero.¹⁰ El pasillo que duplica el pasaje que pone en riesgo la vida: “el saltar a la otra orilla”, que a más de un migrante ha costado la vida. Las peripecias serán múltiples, en esta novela que es también novela de iniciación y recapitulación. Así concluye:

“mis memorias serían como las de los que se han casado siete veces; los ratos buenos se han perdido en la noche de los tiempos, y solo queda el recuerdo de un millón de pleitos” (Morales 2006: 203).

¹⁰ Estas penurias de los migrantes también serán registradas en *La ciudad vista*, que no deja a un lado la denuncia y reproduce los fragmentos, entre otros, de Tamara Montenegro, “Una colectividad que crece a la sombra de la discriminación”, en calidad de nota, procedimiento frecuente en el ensayo; la interpolación forma parte de una estrategia narrativa que presenta situaciones a la manera de cuadros. El lector puede contemplarlos en el transcurso de la lectura: a través de los marcos solo sale y entra – guardando su distancia “objetiva”- la autora.



Bibliografía

Benencia, Roberto (2008) "Migrantes bolivianos en la periferia de ciudades argentinas: procesos y mecanismos tendientes a la conformación de territorios productivos y mercados de trabajo". Las migraciones en América Latina: Políticas, culturas y estrategias. Susana Novick (comp.), Argentina, Clacso.

Caggiano, Sergio (2008). "Racismo, fundamentalismo cultural y restricción de la ciudadanía: formas de regulación social frente a inmigrantes en Argentina". Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias. Susana Novick (comp.) Argentina, Clacso.

Guzmán, Augusto (1998). Historia de Bolivia. La Paz, Los amigos del Libro.

Mongin, Olivier (2006). La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización. Buenos Aires. Paidós.

Rojas Mix, Miguel (1978) La Plaza Mayor: El urbanismo, instrumento de dominio colonial. Barcelona, Muchnik Editores.

Villavicencio, Susana y otros (2003). Los contornos de la ciudadanía. Nacionales y extranjeros en la Argentina del Centenario. Buenos Aires, Eudeba.

Shultz, Jim y Melissa Crane Draper (2008). Desafiando la globalización: Historia de la experiencia boliviana. La Paz, Plural.